
ACTO III.

Sala de la casa de la Duquesa de Friedlandia.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA TERZKY, TECLA, y la señorita de NEUBRUNN, estas dos últimas ocupadas en labores de su sexo.

LA CONDESA.—¿Nada tenéis que preguntarme, oh Tecla? ¿Nada enteramente? Largo tiempo hace que espero oír tu voz. ¿Podéis tolerar que trascurren tantas horas, sin que se pronuncie su nombre? ¿Cómo? ¿Soy yo acaso inútil, ó disponéis de otros conductos para entenderos con él? Decidme, sobrina, ¿lo habéis visto?

TECLA.—Ni hoy ni ayer lo he visto.

LA CONDESA.—¿Nada sabéis de él? No me lo ocultéis.

TECLA.—Ni una palabra.

LA CONDESA.—Y ¿estáis tan tranquila?

TECLA.—Lo estoy.

LA CONDESA.—Dejadnos solas, Neubrunn. (Vase la señorita de Neubrunn.)

ESCENA II.

LA CONDESA.—TECLA.

LA CONDESA.—No me lisonjea demasiado, que, ahora justamente, permanezca tan silencioso.

TECLA.—¿Ahora justamente?

LA CONDESA.—Cuando ya lo sabe todo. Esta es la ocasión más oportuna para declararse.

TECLA.—Hablad de otra manera, si queréis que os comprenda.

LA CONDESA.—Con tal propósito he ordenado que nos dejen solas. Ya no sois ninguna niña. Tecla, vuestro corazón es mayor de edad, porque amáis, y la osadía acompaña al amor. Ya lo habéis probado. En vuestra conducta os parecéis más á vuestro padre que á vuestra madre. Podéis oír, pues, lo que ella no podría tolerar.

TECLA.—Os ruego que omitáis el exordio. Sea lo que fuere, ¡decidlo pronto! Nada me atormenta más que este preámbulo. ¿Qué tenéis que decirme? Sed breve.

LA CONDESA.—No debéis acostaros...

TECLA.—Decidlo ya, os ruego.

LA CONDESA.—En vuestra mano está prestar un gran servicio á vuestro padre...

TECLA.—¿En mi mano? ¿Qué puedo...?

LA CONDESA.—Maximiliano Piccolomini os ama. Podéis unirlo indisolublemente á vuestro padre.

TECLA.—¿Qué necesidad hay de mi intervención? ¿No lo está ya?

LA CONDESA.—Lo estaba.

TECLA.—Y ¿por qué no lo está, y lo estará siempre?

LA CONDESA.—Es también partidario del Emperador.

TECLA.—Sólo en cuanto se lo mandan el deber y el honor.

LA CONDESA.—Es menester que dé pruebas de su amor, no de su honor... ¡El deber y el honor! Palabras ambiguas de muchos sentidos, que debéis explicarle, para que su amor aclare su honor.

TECLA.—¿Cómo?

LA CONDESA.—O renuncia á vuestro amor, ó al servicio del Emperador.

TECLA.—Seguirá de buen grado á mi padre en la vida privada. Habéis oído de sus tabios que anhela abandonar la milicia.

LA CONDESA.—No debe deponer las armas. Lo que quiero decir es, al contrario, que ha de emplearlas en favor de tu padre.

TECLA.—Con alegría prodigaré su sangre y su vida por mi padre, si lo tratan sin tener en cuenta la equidad.

LA CONDESA.—No queréis comprenderme... Pero escuchadme atenta. El Duque ha sido depuesto por el Emperador, y proyecta pasarse al enemigo con todo su ejército...

TECLA.—¡Madre, madre mía!

LA CONDESA.—El ejército no se dejará arrastrar á este paso sin algún brillante ejemplo. Los Piccolomini tienen mucho crédito entre los soldados; su opinión será la predominante, y su resolución previa decisiva, y la conducta del hijo nos garantiza la del padre... Vuestra influencia es, pues, de la mayor importancia.

TECLA.—¡Oh madre mía desventurada! ¡Qué trance mortal te aguarda!... ¡No podrá resistirlo!

LA CONDESA.—La necesidad lo manda. Yo la conozco bien... lo remoto, lo futuro angustia á un corazón tímido; lo inevitable y lo real lo soporta con resignación.

TECLA.—¡Oh corazón mío leal!... Ahora... ahora veo cla-

ramente esa mano horrible y fría, que desvanece espantosa mis risueñas esperanzas. Lo sabía demasiado... Poco ha, al entrar aquí, un vago presentimiento me anunció que astros maléficos presidían á mi destino actual... Pero ¿á qué pensar en mi primero?... ¡Oh madre mía! ¡Oh madre mía!

LA CONDESA.—Sosegaos. No prorrumpáis en vanos ayes. Conservad un amigo á vuestro padre, un amante para vos, y todo prosperará á medida de vuestros deseos.

TECLA.—¡Todo mejorará! ¡Qué! ¡Separados nos veremos siempre! ¡Ay de mí! Ocioso es hablar ya de esto.

LA CONDESA.—¡Él no os abandonará! Él no puede abandonaros.

TECLA.—¡Oh desventurado!

LA CONDESA.—Si os ama verdaderamente, su decisión será rápida.

TECLA.—No dudéis que lo será. ¡Su resolución! ¿Cabe en esto resolución?

LA CONDESA.—¡Tranquilizaos! Me parece que viene vuestra madre.

TECLA.—¿Cómo podré verla ahora?

LA CONDESA.—Disimulad.

ESCENA III.

Los MISMOS y LA DUQUESA.

LA DUQUESA. (A la Condesa.) ¿Quién estaba aquí, hermana? Oí hablar con pasión.

LA CONDESA.—Nadie más había.

LA DUQUESA.—Tengo mucho miedo. Cualquier ruido es para mí el paso de mensajeros de desdichas. ¿Puedes de-

cirme, oh hermana, lo que pasa? ¿Obedecerá al Emperador, y enviará al Cardenal la caballería? Decid, ¿dió á Questenberg, al marcharse, respuesta favorable?

LA CONDESA.—No, no lo ha hecho así.

LA DUQUESA.—Entonces todo se perdió. Preveo males terribles. Lo depondrán del mando, y todo volverá al mismo estado en que nos encontramos en Ratisbona.

LA CONDESA.—No será así. Ahora no. Sosegaos, pues. (Tecla, profundamente conmovida, se arroja al cuello de su madre, y la abraza llorando.)

LA DUQUESA.—¡Hombre inflexible y feroz! ¿Qué no habré yo visto y sufrido en este matrimonio fatal? Encadenada á una rueda de fuego, siempre en desordenado, perpetuo é incesante movimiento, mi vida ha sido una serie de desdichas, é inclinada siempre en el borde escarpado del abismo, me ha arrastrado en sus giros, aturdiéndome y amenazándome con el precipicio... No, no llores, hija mía. Que mis penas no sean de mal agüero para tí, porque tu suerte futura no ha de ser como la mía. No es posible que haya otro Duque de Friedlandia; que no te llene de temor, oh hija mía, la suerte de tu madre.

TECLA.—¡Huyamos, huyamos, oh madre querida! ¡Pronto! ¡pronto! Aquí no hay lugar para nosotras. Cada hora que pasa, trae consigo algún espectro nuevo y espantoso.

LA DUQUESA.—¡Tu suerte será más plácida!... Nosotras también, tu padre y yo, vimos días más felices, y todavía recuerdo con placer los primeros años de nuestra unión. Él era entonces alegre y activo, y su ambición fuego inofensivo y grato, no llama rápida y devastadora. El Emperador lo amaba, tenía en él confianza, y lo consultaba en sus proyectos. Pero desde el día funesto que, en Ratisbona, cayó de toda su altura, ha surgido en su alma un afán inquieto, insociable, receloso y sombrío. La tranquilidad lo abandonó, y no fiándose ya de su antigua fortuna,

de su propia energía, se entregó melancólico al cultivo de artes oscuras, que han causado la desventura de cuantos las estudian.

LA CONDESA.—Tal es vuestra opinión particular... Pero ¿es este el lenguaje que debe oír á su llegada? Porque sabéis que ha de venir al punto. ¿Es regular esperarlo así?

LA DUQUESA.—Ven, hija mía, y enjuga tus lágrimas. Muestra á tu padre un rostro placentero... Mira; tus rizos están en desorden, y es menester arreglar tu peinado. Ven, seca tus lágrimas, que oscurecen el brillo de tus hermosos ojos... ¿Qué quería yo decir? Si; este Piccolomini es, sin embargo, un noble caballero, lleno de mérito.

LA CONDESA.—Así es, hermana mía.

TECLA. (A la Condesa, inquieta.)—¿Queréis disculparme, Ma? (Hace ademán de irse.)

LA CONDESA.—¿Adónde vas ahora? Tu padre viene.

TECLA.—No puedo verlo ahora.

LA CONDESA.—Notará vuestra ausencia, y os hará venir.

LA DUQUESA.—¿Por qué se va?

TECLA.—Me es imposible verlo ahora.

LA CONDESA. (A la Duquesa.)—No se siente bien.

LA DUQUESA. (Con cariño.) ¿Qué aflige á mi querida niña?
(Siguenla ambas, y se empeñan en que vuelva, cuando aparece Wallenstein, hablando con Illo.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—WALLENSTEIN é ILLO.

WALLENSTEIN.—¿Está tranquilo aún el campamento?

ILLO.—Todo está tranquilo.

WALLENSTEIN.—Dentro de pocas horas recibiremos de Praga la noticia de que esta capital es nuestra. Entonces

podremos quitarnos ya la máscara, y dar á conocer á las tropas estacionadas aquí la decisión que hemos tomado, y sus naturales consecuencias. El ejemplo lo hace todo en tales casos. El hombre es una criatura, á quien domina el espíritu de imitación, y el primero que rompa las filas arrastrará á todo el rebaño. Las tropas de Praga no saben otra cosa, sino que los soldados de Pilsen nos obedecen, y aquí, en Pilsen, nos seguirán por haberlo hecho así los de Praga. —¿Dices tú que Butler se ha declarado ya?

ILLO.—Por su propia voluntad, sin excitarlo nadie, ha venido á ofrecernos su regimiento.

WALLENSTEIN.—Yo creo que no debemos escuchar todas las voces que se dejan oír en nuestro corazón. El espíritu de la mentira, para extraviarnos, finge con frecuencia el acento de la verdad, y pronuncia oráculos engañosos. Así, yo pido en secreto perdón á este digno y bravo Butler de mi injusticia, porque cierto presentimiento, que no he podido dominar, pero al cual tampoco me atrevo á llamar miedo, se ha deslizado horrible en mi alma al acercarse á mí, y refrenado la benévola expresión de mi afecto. Y este hombre leal, contra quien yo estaba prevenido, es para mí la primera prenda de mi buena fortuna.

ILLO.—Y su ejemplo importante, no lo dudes, atraerá á los mejores del ejército.

WALLENSTEIN.—Véte ahora, y envíame aquí á Isolani, á quien he favorecido hace muy poco. Quiero empezar por él. ¡Anda! (Vase Illo; mientras tanto se aproximan á él las damas.) He aquí á la madre con mi hija querida. Dejemos ahora los negocios... ¡Venid! Ansiaba consagrar una hora de descanso á solazarme en el círculo amado de los míos.

LA CONDESA.—Largo tiempo hacia, oh hermano, que no nos encontrábamos reunidos de este modo.

WALLENSTEIN. (Aparte á la Condesa.)—¿Puede ella oírlo? ¿Está ya preparada?

LA CONDESA.—Todavía no.

WALLENSTEIN.—Ven aquí, hija mía. Siéntate junto á mi. En tus labios hay un ángel bueno. Tu madre me ha celebrado tu habilidad, y tú tienes un acento tierno y armonioso, que encanta el alma. Yo necesito escucharlo ahora para ahuyentar el espíritu infernal, que agita sus negras alas sobre mi cabeza.

LA DUQUESA.—¿En dónde está tu laúd, Tecla? Ven. Da á tu padre una prueba de tu talento musical.

TECLA.—¡Madre mía! ¡Santo Dios!

LA DUQUESA. Ven, Tecla, y alegra á tu padre.

TECLA.—No puedo ahora, madre...

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Qué es esto, sobrina?

TECLA. (A la Condesa.)—Perdonadme... ¡cantar ahora, con esta opresión, que agobia mi alma... cantar en su presencia... cuando arroja á mi madre en la tumba!

LA DUQUESA.—¿Qué capricho, Tecla! ¿No satisfarás el deseo expresado por tu buen padre?

LA CONDESA.—Aquí está ya el laúd.

TECLA.—¡Oh, Dios mío!... ¿Cómo podré yo...? (Coge el laúd con mano temblorosa, en lucha su alma con vivos afectos, y, en el instante en que va á cantar, se estremece, arroja lejos de sí el instrumento, y huye precipitadamente.)

LA DUQUESA.—¡Hija mía!... ¡Oh, está enferma!

WALLENSTEIN.—¿Qué sucede á esta niña? ¿Está así á menudo?

LA CONDESA.—Ahora bien: ya que ella se descubre de esta manera, no callaré yo más tiempo.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

LA CONDESA.—Ella lo ama.

WALLENSTEIN.—¿Que lo ama? ¿A quién?

LA CONDESA.—A Piccolomini. ¿No lo has notado? ¿Ni mi hermana tampoco?

LA DUQUESA.—¿Es ese el motivo que hace latir su cora-

zón? ¡Dios te bendiga, hija mía! No hay razón para que te avergüences de tu propósito.

LA CONDESA.—Ese viaje... Si así no lo habéis deseado, la culpa es vuestra. Debíais haber escogido otro acompañante.

WALLENSTEIN.—¿Lo sabe él?

LA CONDESA.—Cree que ha de ser suya.

WALLENSTEIN.—¿Cree que ha de ser suya?... ¿Está loco ese joven?

LA CONDESA.—¿Que lo diga ella misma!

WALLENSTEIN.—¿Piensa llevarse á la hija del Duque de Friedlandia? ¡Vaya, vaya! ¡Me place la idea! ¡No pone baja su mira!

LA CONDESA.—Como tú lo has distinguido siempre tanto, de aquí...

WALLENSTEIN.—.....vamos, quiere al fin heredarme. ¡Está bien! Lo amo y lo estimo; pero ¿qué tiene esto que ver con la mano de mi hija? ¡Demostramos, acaso, nuestra benevolencia por medio de nuestras hijas, de nuestra única hija?

LA DUQUESA.—La nobleza de sus sentimientos y sus modales...

WALLENSTEIN.—Le han ganado mi corazón, pero no mi hija.

LA DUQUESA.—Su posición y su alcurnia...

WALLENSTEIN.—¿Su alcurnia? ¿Cómo? Es súbdito, y yo quiero elegir mi yerno entre los soberanos de Europa.

LA DUQUESA.—¡Oh, querido Duque! No intentemos subir tan alto, que caigamos de más altura.

WALLENSTEIN.—¿He trabajado yo tanto para llegar á esta posición, y elevarme sobre el vulgo de los hombres, para terminar mi gloriosa carrera uniendo la suerte de mi familia á un cualquiera? ¿He osado yo para esto...? (Se detiene de repente y se sosiega.) Ella es mi única heredera; sobre

su cabeza he de colocar una corona, ó muero. ¿Cómo? Todo... todo lo arriesgo por engrandecerla... y en el momento mismo en que hablo... Se queda pensativo.) ¿Y debo yo ahora, como un padre débil, porque ella se ha dejado dominar de su capricho y amar, consentir en este enlace ordinario? Y ¿ahora, en estos momentos, ahora, cuando doy fin y remate á mi obra? ¡No! Ella es para mí una joya querida, la moneda más preciada, la última de mi tesoro; y sólo la trocaré, para no rebajarla, por el cetro de un rey.

LA DUQUESA.—¡Oh, esposo mío! Siempre, siempre levantando edificios hasta las nubes, siempre construyendo palacios, sin reflexionar que es estrecho el cimiento, y que no podrá sostener obra tan frágil é insegura.

WALLENSTEIN. (A la Condesa).—¿Le has dicho ya cuál es mi pensamiento sobre su futura residencia?

LA CONDESA.—Todavía no. Hazlo tú mismo.

LA DUQUESA.—¿Cómo? ¿No volvemos á Carintia?

WALLENSTEIN.—No.

LA DUQUESA.—¿Ni á ninguna otra de tus posesiones?

WALLENSTEIN.—En ninguna estaréis seguras.

LA DUQUESA.—¿En los dominios del Emperador, y bajo su imperial protección?

WALLENSTEIN.—La esposa del Duque de Friedlandia no podrá encontrar esa seguridad en ellas.

LA DUQUESA.—¡Dios mío! ¿Hasta ese extremo has llevado ya las cosas?

WALLENSTEIN.—En Holanda estaréis al abrigo de todo temor.

LA DUQUESA.—¿Qué dices? ¿Tratas de enviarnos á un pueblo de luterano?

WALLENSTEIN.—El Duque Francisco de Lauenburgo os acompañará allí.

LA DUQUESA.—¿El duque de Lauenburgo? ¿El aliado de los suecos? ¿El enemigo del Emperador?

WALLENSTEIN.—Los enemigos del Emperador no lo son míos.

LA DUQUESA.—(Mirando horrorizada al Duque y á la Condesa.) ¿Es verdad lo que decís? ¿Lo es? ¿Os ha abandonado la gracia del Emperador? ¿Os han retirado el mando? ¡Oh Dios del cielo!

LA CONDESA. (Aparte al Duque).—Dejémosla en su error. Ya ves que no puede soportar la verdad.

ESCENA V.

Los mismos y el conde TERZKY.

LA CONDESA.—Terzky, ¿qué tenéis? ¡Pareces la imagen del espanto, como si hubieras visto un espectro!

TERZKY. (Aparte á Wallenstein con misterio).—¿Se ha dado la orden de marchar á los croatas?

WALLENSTEIN.—Lo ignoro por completo.

TERZKY.—¡Estamos vendidos!

WALLENSTEIN.—¿Qué dices?

TERZKY.—¡Se han marchado esta noche, y los cazadores también! Todas las aldeas próximas se ven libres de soldados.

WALLENSTEIN.—¿En donde está Isolan?

TERZKY.—Tú lo has mandado salir.

WALLENSTEIN.—¿Yo?

TERZKY.—¿Que nó? ¿No lo has mandado tú? ¿Ni tampoco á Deodat? Ambos han desaparecido.

ESCENA VI.

LOS MISMOS é ILLO.

ILLO.—¿Te ha dicho Terzky...?

TERZKY.—Todo lo sabe.

ILLO.—¿Y que Maradas, Esterhazy, Götz, Colalto y Kanitz te han abandonado?

TERZKY.—¡Diablo!

WALLENSTEIN. (Haciéndoles una seña.)—¡Silencio!

LA CONDESA. (Que, habiendo observado este coloquio, llena de angustia, se acerca á ellos.)—¡Terzky! ¡Dios mio! ¿Qué sucede? ¿qué hay?

WALLENSTEIN. (Interrumpiéndola.)—¡Nada! ¡Vámonos!

TERZKY. (Queriendo seguirlo.)—¡No es nada, Teresa!

LA CONDESA. (Deteniéndolo.)—¿Nada? ¿No veo yo que la sangre ha desaparecido de vuestras mejillas, pálidas como las de la muerte, y que hasta mi cuñado finge serenidad á duras penas?

UN PAJE. (Que entra.)—Un ayudante pregunta por el señor Conde Terzky. (Vase con Terzky.)

WALLENSTEIN.—Oye lo que quiere... (A Illo.) Sin sedición no podría ocurrir esto, por secreto que se tuviera... ¿Quién guarda las puertas?

ILLO.—Tiefenbach.

WALLENSTEIN.—Que el regimiento de Tiefenbach sea relevado inmediatamente por los granaderos de Terzky... ¡Escucha! ¿Sabes de Butler?

ILLO.—Acabo de verlo. No tardará en estar aquí. Sigue adicto. (Vase Illo. Wallenstein intenta seguirlo.)

LA CONDESA.—¡No lo dejes salir, hermana! ¡Detenlo!... Es una desgracia...

LA DUQUESA.—¡Gran Dios!... ¿Qué sucede? (Detiene al Duque.)

WALLENSTEIN. (Separándose de ella.)—¡Tranquilizaos! ¡Dejadme! ¡Hermana, esposa querida! Estamos en un campamento. No puede suceder de otra manera. El sol y las tempestades se suceden. Dificiles de gobernar son estos caracteres violentos, y no hay descanso alguno para su general... Puesto que yo debo permanecer aquí, dejadme salir. Mal se acuerdan los lamentos de las mujeres con la actividad de los hombres. (Quiere irse. Terzky vuelve.)

TERZKY.—¡Quédate aquí! Desde esta ventana lo verás todo.

WALLENSTEIN (A la Condesa.) ¡Venid, hermana!

LA CONDESA.—¡Jamás!

WALLENSTEIN.—Yo lo mando.

TERZKY (Aparte, y señalando á la Duquesa.)—¡Teresa!

LA DUQUESA.—Ven, hermana, que él lo ordena. (Vase.)

ESCENA VII.

WALLENSTEIN y EL CONDE TERZKY.

WALLENSTEIN. (Asomándose á la ventana.)—¿Qué hay?

TERZKY.—Todas las tropas se hallan en constante bullicio y movimiento. Nadie sabe el motivo. Todos los regimientos, en sombrío silencio y con misterio, están formados bajo sus banderas; los de Tiefenbach parecen mal dispuestos, y sólo los walones permanecen aislados en su campamento, y no dejan entrar á nadie, y, como de ordinario, están tranquilos.

WALLENSTEIN.—¿Hállase entre ellos Piccolomini?

TERZKY.—Lo buscan, y en ninguna parte lo encuentran

WALLENSTEIN.—¿Qué ha dicho el ayudante?

TERZKY.—Viene en nombre de mis soldados para asegurarte de su fidelidad, y para decirte que, llenos de ardor bélico, sólo esperan la señal del combate.

WALLENSTEIN.—¿Pero cómo se ha suscitado este tumulto en el campamento? Convendría haber tenido el ejército tranquilo, hasta que la fortuna se hubiera declarado á nuestro favor en Praga.

TERZKY.—¡Ojalá que me hubieses creído! Aun ayer noche te conjuramos que no dejases salir á Octavio, á esa víbora, de las puertas de la ciudad, y le diste tu mismo caballo para que se escapara.

WALLENSTEIN.—¡La canción de siempre! Por última vez os digo que no me habléis más de tan locas sospechas.

TERZKY.—También te fiaste de Isolani, y es el primero que nos abandona.

WALLENSTEIN.—Ayer mismo lo saqué de la miseria. ¡Vaya con Dios! La gratitud no ha entrado nunca en mis cálculos.

TERZKY.—Así son todos, sin que haya entre ellos diferencia.

WALLENSTEIN.—Y, al dejarme, ¿falta á la razón? Rinde culto al dios, á quien ha honrado toda su vida en la mesa del juego. Su compromiso era con mi fortuna, y la abandona, no á mí. ¿Qué era yo para él, y él para mí? Yo era sólo el bajel, en donde había embarcado sus esperanzas, y en el cual navegaba alegre por el vasto mar; lo ve ahora cerca de los escollos, en peligro inminente, y ligero pone en salvo sus mercancías. Agil como el ave, deja la rama en que hizo su nido, y que le es ya inútil, y sin embargo ningún lazo humano nos unía. ¡Sí, merece ser engañado quien busca corazón en hombres irreflexivos! Las imáge-

nes de la vida están escritas en su tersa frente con rasgos fugitivos; nada se arraiga en el fondo tranquilo de su pecho; la frivolidad agita sólo sus movibles humores, y carece de alma que dé calor á sus entrañas.

TERZKY.—No obstante, de mejor grado me fiaría yo de esas frentes lisas que de las surcadas de profundas arrugas.

ESCENA VIII.

WALLENSTEIN, TERZKY É ILLO, que llega furioso.

ILLO.—¡Traición y motin!

TERZKY.—¡Ah! ¿qué otra cosa hay?

ILLO.—Los soldados de Tiefenbach, al darles yo la orden de desalojar el puesto... ¡bribones sin disciplina!...

TERZKY.—¿Qué?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay, pues?

ILLO.—Han rehusado obedecerme.

TERZKY.—¡Que tiren contra ellos! ¡Oh! Mándalo así.

WALLENSTEIN.—¡Prudencia! ¿Qué han dicho?

ILLO.—Que sólo han de obedecer al teniente general Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?... ¿Qué es eso?

ILLO.—Que les ha dejado esta orden, y que se la enseñó antes, de la mano misma del Emperador.

TERZKY.—Del Emperador... ¿Oyes, Príncipe?

ILLO.—Por instigación suya se marcharon ayer los coroneles.

TERZKY.—¿Lo oyes?

ILLO.—También faltan Montecúculi, Caraffa y otros seis generales, á quienes persuadió que lo siguieran. Largo